

*Maria
De
Sanabria*

DIEGO BRACCO



Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: María de Sanabria
Autor: © Diego Bracco

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Opalworks
Diseño y realización de interiores: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-377-2
Fecha de publicación: Marzo 2007

Printed in Spain
Imprime: Gráficas Marte, S.A.
Depósito Legal: M-8221-2007

ÍNDICE

I	9
II	41
III	75
IV	103
V	131
VI	153
VII	171
VIII	197
IX	223
DOCUMENTACIÓN	249

I

María de Sanabria sonrió como desafiando todas las prohibiciones. Sabía que si actuaba con habilidad conseguiría conocer de primera mano lo que había sucedido con el náufrago más admirado, amado y desdichado de su tiempo. Aguardó el momento propicio, burló la vigilancia de su padre y se apoderó del libro en que Cabeza de Vaca narra su infortunio. Hizo saber que no se encontraba bien e inmediatamente después de la cena se retiró a su habitación. Cerró los sentidos al calor de la noche del final del verano, al bullicio que provenía de la calle y al hedor que la ligera brisa distribuía por Sevilla.

Empezó a leer y soñó despierta que se había disfrazado de hombre para embarcar en la expedición que llevó a Cabeza de Vaca hacia el Caribe en 1527. Imaginó que soportaba junto a él las calamidades que diezmaron aquella armada desgraciada. Le vio combatir la borrasca con seguridad exenta de soberbia y se sintió embargada por la admiración. Se inundó de deseo contemplando su poderoso torso desnudo azotado por la lluvia. En la calma de la noche posterior a la borrasca le tocó tumbarse junto al náufrago. Bajo la tenue luz de la luna le miró con pasión, le besó y guió bajo su ropa las manos del marino para revelar su secreto.

Mientras leía, María desembarcó junto al único que conocía su condición y al lado de trescientos hombres que habían escapado a la furia del viento. Todos contemplaron con amargura la orilla pantanosa llena de caimanes y serpientes donde la tempestad los había arrojado, pero ella solo vio flores. Tras unos meses, el territorio inhóspito, los ataques indígenas, hambre, sed y enfermedades redujeron la expedición al punto que de los trescientos que habían desembarcado, vivían cuatro. Al capricho de lo que se sueña incluso estando despierto, María ignoró el trabajo que las penalidades tendrían que haber hecho sobre su aspecto y carácter. Abrazada, protegida y protectora de Cabeza de Vaca, se encontró a la florida vera de un arroyo lamentando los muertos pero sin sufrir por ellos. Los seis años siguientes fue compañera de viaje y destino del que sentía como esposo y compañero. Le alentó durante el tiempo de esclavitud entre los indígenas, le siguió de aldea en aldea cuando se convirtió en mercader y le enseñó lo que solo las mujeres saben cuando se transformó en curandero.

María celebró sin alegrarse la circunstancia que reunió a Cabeza de Vaca con los otros tres sobrevivientes. Con ellos anduvo hacia el océano Pacífico y luego hacia México, recorriendo muchos miles de kilómetros por tierras que ningún europeo había visitado antes. Por el camino oyeron hablar innumerables lenguas y aprendieron seis. Se asombraron con el cariño que ciertas tribus prodigaban a sus hijos. A las fosas nasales de María volvió el olor a carne chamuscada; a su oído y su piel el gemido de los sodomitas que había visto perecer en la hoguera. Le pareció raro que allí no fuera ni bueno ni malo que en algunas tribus hubiera hombres casados con hombres que andaban vestidos como mujeres y hacían oficio de mujer. Aceptó la hospitalidad de unos indios que se emborrachaban con humo y daban cuanto tenían por él y decidió que debía probar el tabaco. Al final de la noche, María estaba terminando la lectura y había vivido casi una década de naufragio y pasión. Las últimas

páginas trajeron indicios de la presencia de españoles que anunciaban el fin del viaje. María sintió cerca las fronteras de su propio paraíso y quiso que no fuera cierto. Al igual que los indios observó que Cabeza de Vaca y ella venían de donde salía el sol, y los españoles que procedían de México de donde se pone. Los malquiso como quien llega desnudo y descalzo y encuentra hombres arrogantemente vestidos y en caballos y con lanzas.

Acabó de leer que Cabeza de Vaca había conseguido volver a España no sin antes sortear tempestades y corsarios, pero esta vez no soñó ser parte del viaje. El resto de la historia era muy conocida y detalle más, detalle menos, era llevada y traída en boca de nobles y sirvientes, de prostitutas y marineros. No había quien se mantuviera ajeno a la discusión acerca de las razones de Cabeza de Vaca. Había mil opiniones sobre los hechos que le habían impulsado a hacerse a la mar en vez de quedarse a disfrutar de la recuperada vida, la importante hacienda y la enorme fama. Cada cual tenía la propia conjetura sobre la importancia de los tesoros que esperaba encontrar para procurar la merced real y partir como gobernador a las remotas tierras del Río de la Plata.

En las posadas y en los embarcaderos; en las iglesias y en las casas de los nobles se discutía y se tomaba partido a favor o en contra del gobierno de Cabeza de Vaca en las Indias. Se condenaba o se indultaba a los amotinados que le habían derrocado para impedir que les quitara las cincuenta mancebas que cada uno tenía. Desde que en el año 1545 había regresado cargado de acusaciones, se hacían conjeturas e incluso apuestas sobre lo que le sucedería. Muchos aseguraban que sabía mucho y callaba todo. Opinaban que jamás revelaría la ubicación de El Dorado mientras no se le repusiera en el gobierno del Río de la Plata. No faltaba quien aseguraba que sus amigos conspiraban para propiciar su huida a las Indias. Se decía que Cabeza de Vaca aguardaba con paciencia la dilucidación de los pleitos porque ya había encontrado la fuente de la juventud. Algunos murmuraban que retomaría el

gobierno de las vastas selvas encantadas de la mano de las amazonas. Muchos coincidían en pronosticar que a la fuerza nunca diría nada sobre el oro y los milagros que custodiaban los indios antropófagos y la selva del Paraguay.

“No ha sido”, pensó María “que sobreviviera lo que me empuja a quererle. Le amo porque cuando consiguió volver desdeñó la suficiente hacienda y la mucha fama y volvió a embarcarse. Y ahora...”, se dijo la joven “...porque está pudriéndose en la casa que le asignaron como cárcel mientras un hato de intrigantes cobardes quiere sucederle. ¡Y en primer lugar el despreciable de mi padre!”.

De nuevo un tic de disgusto afloró en el rostro de la joven, que no podía impedir que su mente comparara al náufrago con su padre, su hermanastro y los hombres que la cortejaban. Inmediatamente corrigió el gesto, consciente de la importancia de un aspecto perfecto para conseguir su propósito. María cerró el libro de los Naufragios y lo ocultó a la espera de la ocasión para retornarlo a su sitio sin que nadie lo notara. Mientras lo hacía intuyó que tenía el mundo al alcance de su mano y que grandes cosas le estaban reservadas. El creciente ruido de pasos, murmullos y risas apagadas anunció la reanudación matinal de la actividad en la casa. Entonces María volvió al mundo que los hombres llamaban realidad y recordó que si a sus diecisiete años estaba bajo la tutela de su padre, pasaría luego a la de quien se convirtiera en su marido.

“Estúpidos”, musitó mientras en su boca se insinuaba una mueca de desafío. María de Sanabria se dispuso a disimular las huellas de la noche de insomnio porque había tomado la determinación de arrancar una concesión inusual de su padre. Quería que don Juan de Sanabria le permitiera acompañarle a visitar al depuesto gobernador del Río de la Plata.

“María”, sonrió mientras pensaba para sí, “sé perfectamente bella; mantente casi completamente callada y lo conseguirás”.

La joven sabía que muchos aspiraban a suceder en el gobierno al derrocado Cabeza de Vaca. Percibía que su padre —Juan de Sanabria— noble, dueño de gran fortuna y primo de Hernán Cortés era quien más posibilidades tenía. Estaba también al tanto de todos los detalles sobre lo que se proponía, ya que acostumbraba a monologar largamente cuidando que ningún criado le escuchara pero sin que le importara la cercanía de su hija.

“Mi padre”, esbozó una sonrisa irónica mientras murmuraba para sí, “no me considera más que un mueble bello incapaz de entender lo que dice. Que lo siga creyendo. Que continúe pensando que gracias a mi belleza y la de mi hermana negociará buenos matrimonios que le costarán escasas dotes y le darán nietos menos irresolutos que mi hermanastro”.

Cuando se hubo arreglado y tras examinar minuciosamente su aspecto se encaminó a la sala en que su padre acostumbraba trabajar. Procuró que el desdén que le inspiraban los trofeos que don Juan de Sanabria había conseguido dirigiendo hombres desde la retaguardia ni le marcara arrugas en la frente ni se notara en su sonrisa. Se situó en un rincón con actitud de quien contempla embelesada, pero sin capacidad para discernir entre lo relevante y lo accesorio.

Don Juan recorría la habitación de un lado a otro fingiendo no haber percibido la presencia de su hija.

“Cabeza de Vaca debe ser judío...”, murmuró. “Judío para tener tanto empeño en no revelar donde están los tesoros que en todo caso él no ha de disfrutar. ¿Qué puedo ofrecerle; con qué podré tentarlo?”, se preguntaba una y otra vez. “Por un lado”, se decía, “debo mostrarme como su más fiel amigo. Que crea que convertido en gobernador del Río de la Plata no vacilaré en ahorcar a quienes le han derrocado. Que me vea dispuesto a arrancar confesiones que prueben ante el Emperador su inocencia. Por otro lado debo ofrecerle una parte de las riquezas, tal vez la mitad, ya que en lo uno y en lo otro siempre hay tiempo de no

cumplir”, susurró, mostrando los dientes como si sonriera apenas con el lado izquierdo de la boca. “No ignoro”, movió la cabeza en actitud de negar, “que no es lerdo ni santo y hasta un santo desconfiaría de tanta promesa ...”, apretó los dientes y los abrió para exclamar:

—¡Roñoso judío!

María asistía en silencio al monólogo de su padre, que una y otra vez volvía al punto de partida sin encontrar modo de tentar y menos de conseguir que el prisionero confiara en su palabra. Juan de Sanabria se detuvo frente a la gruesa mesa que usaba como escritorio. Se sentó como buscando la protección del ancho de la madera, suficiente para impedir que alguien armado de espada le alcanzara desde el otro lado. Verificó con una rápida mirada la ubicación de la delgada lanza que siempre debía estar al alcance de su diestra. Principió a golpear la tabla con la yema de los dedos índice y anular. En tanto aumentaba la irritación por la inutilidad de sus reflexiones crecía la frecuencia e intensidad del gesto. Incapaz ya de concentrarse en elaborar un plan para la visita que haría en la tarde a Cabeza de Vaca, se levantó y empezó a pasear nerviosamente por la sala. Su mirada se detuvo un instante en la figura de su hija que se había situado junto a una armadura, como buscando resaltar la propia insignificancia.

—Tal vez, padre, tal vez quiera contarme a mí lo que no está dispuesto a decirnos —aventuró María, e inmediatamente fijó sus ojos en el piso, como avergonzada de haber interrumpido.

Al relámpago de ira que brilló en los ojos de don Juan sucedió una expresión de incredulidad. Luego observó a su hija con minuciosidad y la avaricia se fue abriendo paso en su semblante. Al cabo murmuró:

—Puede se... Puede ser.

Con la excitación de quien ha conseguido vencer una grave dificultad abandonó precipitadamente el salón para regresar a él unos instantes más tarde.

—¿Por qué crees que lo podrías persuadir? —interrogó a su hija sin preámbulo.

Como si estuviera obligada a hablar contemplando la punta de sus zapatos la joven murmuró:

—No lo sé, padre, pero he escuchado decir que no hay noble en España que no sueñe en casarse conmigo...

—¡Ese hombre no es noble! —bramó Juan de Sanabria y luego agregó en tono de quien ha resuelto todo y da órdenes con seguridad en sí mismo—: ¡Nadie tiene que enterarse; nadie tiene que creer que tu visita es otra cosa que compasión por un hombre derrotado; solo tienes que gustarle!

Don Juan volvió a abandonar la sala, no sin antes exigirle que estuviera pronta cuando dieran las siete. Se alejó buscando una fórmula que no contrariara los usos sociales y que al mismo tiempo le permitiera dejar a su hija a solas con el prisionero.

A parecida hora, a quinientos pasos de allí y por tercera vez en menos de un mes, aquel sábado dieciocho de setiembre de 1546 Cabeza de Vaca esperaba la visita de don Juan de Sanabria. Desde la reducida casa que se le había asignado como cárcel observaba el vuelo de una bandada de pájaros. Siguió con la mirada la tenue “v” que dibujaban en el aire azul oscuro del final de la tarde. Murmuró pensando en la inminente visita: “pronto, Juanito, te comerán los gusanos que a esas aves han de alimentar”.

Antes de ser gobernador del Río de la Plata, Cabeza de Vaca había sido curandero entre los indios de la América del norte y sabía cuándo el tiempo de una persona dejaba de contarse por lustros. Le repugnaban por igual las maneras y el carácter de Juan de Sanabria y aunque hubiera podido, nada habría hecho por torcer el rumbo de su enfermedad. Sin embargo le eran imprescindibles sus rela-

ciones en la Corte para obtener un fallo favorable y tornar victorioso a la gobernación que le había sido arrebatada.

“La ambición, la codicia de ese miserable es mi única arma”, se dijo y agregó repasando mentalmente el plan que había estado meditando: “he de venderle El Dorado o la fuente de la eterna juventud. Y si es tan avaro como parece, preferirá los metales preciosos a diez años de vida”, sonrió.

Llamaron a la puerta y el único criado se apresuró a abrir. Para sorpresa del dueño de casa y al mismo tiempo inquilino de prisión, don Juan de Sanabria no entró solo.

—Ilustre don Álvar Núñez Cabeza de Vaca —saludó con cortesía exagerada al visitante—, he atendido los ruegos de mi hija María que llamada por vuestra gran fama ardía en deseo de conoceros.

El depuesto gobernador había previsto los detalles de lo que iba a decir, insinuar y callar. Se había preparado para estar frente a un individuo que suponía dispuesto a vender esposa o madre a cambio de riqueza y fama. Se había vestido de modo que su aspecto coincidiera con la imagen de hombre derrotado que deseaba transmitir.

Durante un instante la confusión se adueñó de Cabeza de Vaca. Creía que Juan de Sanabria carecía de honor pero no esperaba que mostrara sus cartas tan abiertamente y tan temprano. Percibió que la presencia de la joven iba a impedirle decir y actuar tal como había previsto. Dudó del efecto que podían causar sus palabras habiendo un testigo, aunque Juan de Sanabria repitiera que el entendimiento de mujeres y caballos alcanzaba apenas para saber quién debía cabalgarlos. Además, María le pareció muy bella, se distrajo un instante contemplándola y por un momento se sintió ridículo en el estrecho y raído traje que vestía.

“Cuidado, Álvar”, meditó sonriendo, “no es el anzuelo ni la caña, sino el cebo el que engaña... No parece de la misma madera que el viejo”, dijo para sí mientras observaba de reojo a la joven. “No, no debe serlo, a menos que la madre compense con su belleza el aspecto de bacalao de este

hombre”, agregó para sus adentros mientras impedía que aflorara el gesto de avidez que la joven había despertado en su interior.

De inmediato recuperó su compostura habitual e inclinando ligeramente el torso les invitó a pasar. De buen humor, como quien ha perdido una cita de negocios y ha ganado otra de menor provecho pero de más interés, recibió:

—Es un doble honor, don Juan de Sanabria. Agradezco la visita de Vuestra Merced; celebro que vuestra preciosa hija se haya dignado a visitarme cuando la fortuna ha dejado de hacerlo.

Don Juan pasó, se sentó e invitó a su hija a hacerlo como quien se siente dueño de casa. Cabeza de Vaca tomó una silla, se apoyó en ella y quedó mirando al visitante, esperando que iniciara la conversación.

—Sin noticias ni de aquí ni de allí —aseguró el recién llegado y continuó—: nada ha resuelto la Corte sobre vuestra causa ni sobre mi nombramiento. Ningún ser viviente ha llegado del Río de la Plata luego que el pasado año de 1545 arribaran Vuestra Merced y los traidores que le trajeron encadenado.

—Encadenado no, que me escapé antes de llegar —sonrió Cabeza de Vaca—. La Corte tiene para mí, don Juan, misterios mayores que los muchos que guardan las selvas del Paraguay —volvió a sonreír—. Pero más que los misterios, temo que las miserias de los negocios en que entretenemos nuestros días sean tema indigno de la joven que nos acompaña —agregó con galantería.

Como si no le hubiera escuchado, Sanabria replicó:

—En la Corte creen que solo Vuestra Merced conoce los misterios que la selva encierra pero los envidiosos temen vuestro poder. Tal vez, tal vez, si creyeran que Vuestra Merced ha decidido compartir esos secretos conmigo, conseguiríamos acelerar mi nombramiento y la resolución de vuestra causa.

Durante unos instantes ambos hombres guardaron silencio. Cabeza de Vaca se preguntaba por el modo de

responder sin burla o agresión. Sonrió para sus adentros mientras contenía el deseo de contestar a su interlocutor: “aunque vengas disfrazao, te conozco, bacalao”. De inmediato se dijo que necesitaba aparentar que tomaba en serio la propuesta que descaradamente reclamaba ayuda para ocupar el puesto del que había sido derrocado.

“No puede ser que lo esté planteando de modo tan brutal; algo debe tener previsto”, buscaba Cabeza de Vaca adivinar el juego de su interlocutor y por un momento olvidó la discreta presencia de María de Sanabria.

—Bien, bien... —intentó articular una respuesta que no descartara ni aceptara lo que se le había solicitado—. Bien —repitió por tercera vez, e iba a agregar que precisaba tiempo para reflexionar sobre asunto tan grave cuando fuertes golpes sacudieron la puerta.

—Con urgencia reclaman a don Juan en su casa —avisó un criado visiblemente agitado por la carrera. Sanabria ordenó a María que aguardara mientras enviaba una criada a buscarla, se excusó y se marchó sin más.

“Vaya, vaya”, sonrió para sí Cabeza de Vaca. “Así que este era el plan. La verdad”, razonó, “que lo sabía capaz de vender a la madre y a la esposa, pero lo de la hija no lo había pensado. Y...”, se dijo con ironía no exenta de codicia, “si se trata de comprar puede que la hija sea mucho mejor adquisición”.

Cuando Juan de Sanabria se hubo marchado María detuvo un instante su mirada en el derrocado gobernador y luego tornó a fijar la vista en el piso. Murmuró con suavidad y seguridad:

—Me avergüenza lo que piensas.

Cabeza de Vaca le miró con curiosidad. No aguardaba esa voz y menos ese aplomo. Mucho menos aún esperaba que la joven se permitiera dispensarle el trato que solo se otorga a los de la propia edad o a los muy conocidos. Sonrió con cortesía y preguntó:

—¿Qué piensas que pienso, como para avergonzarte?

—He leído tus Naufragios —contestó la joven—: sé quién eres y sé que sabes quiénes son los demás.

Halagado y sorprendido Cabeza de Vaca volvió a sonreír mientras decía para sí: “vaya vaya, la jugada de Juanito ha superado con mucho mi predicción más audaz”.

Vaciló un instante y replicó:

—Estoy sorprendido; no sé quién eres.

—Sabes —murmuró la joven —que soy la enviada de mi padre que no repara en medios para obtener lo que busca.

Cabeza de Vaca se sumió en el silencio del desconcierto y tardó en encontrar respuesta. Dio media vuelta en torno a la silla sobre la que se apoyaba y se sentó. Miró hacia lo poco del río Guadalquivir que podía verse desde la habitación, movió la cabeza haciendo ademán de negar y se sujetó el mentón entre los dedos pulgar e índice. Luego, pausadamente aseguró:

—Es verdad; sé lo que don Juan de Sanabria busca, pero: ¿qué buscas tú? ¿Acaso has obedecido leyendo? ¿Acaso ha sido decisión de don Juan permitir que su hija leyera? Si así es, juro que no he entendido quién es tu padre.

—Una buena hija obedece a su padre —afirmó María—. Una buena hija desea querer lo que su padre le ordena. Pero no está en la mano ni siquiera de la mejor de las hijas querer lo que desde el alma se rechaza.

—Bella expresión —sonrió Cabeza de Vaca—. Pero no has contestado —observó.

—Aprendí a leer en libros de historias de santos, gracias a mi madre. Leí el libro de tus Naufragios y otros de grandes hechos sin que mi padre lo sospechara. Juan de Sanabria cree que se vale de mí para su propósito. Tu sorpresa y la dulzura con la que me tratas le dan la razón. Pero yo me he valido de él porque, es verdad, ardía en deseo de conocerte.

—¿Conocerme?

—Conocer al náufrago de vuestros Naufragios.

—Ya no soy aquel. Después de náufrago fui gobernador y ahora soy prisionero.

—Tal vez en distinto traje seas aquel —aseguró María con la fe de quien expone la propia esperanza.

—No, no soy aquel.

—Si no eres: ¿cuándo dejaste de serlo?

—¿Cuándo dejé de serlo? ¿Cuándo ...? No lo sé.

Sonrió mientras la expresión de su rostro evidenciaba que la nostalgia le había llevado a otras tierras. Como si volviera agregó:

—Ahora estoy preso y podría fugarme, pero me quedo para pelear por el poder y la riqueza que me fueron arrebatados. No sé, no sé cuando el aventurero que había en mí me abandonó —insistió mientras la añoranza le empujaba a navegar por otros mares y abría sus sentidos a la música de lo que había sido.

—Apenas —sonrió Cabeza de Vaca al evocar— conseguí volver de México tras nueve años de naufragio conseguí que el Emperador me mandara socorrer, descubrir y gobernar el Río de la Plata. Gasté cuanto tenía en preparar mi armada y embarqué rumbo a la costa del Brasil. De allí fui a través de mil maravillas a la Asunción del Paraguay. ¡Qué lugar!

Cabeza de Vaca rió y en su expresión relampagueó por un instante la grosería. Hizo un ademán como quien se sacude pensamientos inadecuados para la ocasión y explicó:

—Ya muchos llaman a Asunción del Paraguay el paraíso de Mahoma porque cada español se ha adueñado, quien más, quien menos, de setenta y dos indias. Las doncellas que corresponderán a cada hombre que merezca la gracia de Alá. ¡Quién podría querer allí un gobierno de justicia y de descubrimiento!

Cabeza de Vaca hizo un alto en su relato y detuvo largamente su mirada en María, tratando de adivinar el efecto que estaban causando sus palabras. Su semblante se vistió de seriedad y afirmó:

—Es mentira que hasta allí me hayan llevado el oro o el poder. Gasté cuanto tenía porque todavía soñaba en descubrir no sé que, pero en descubrir.

Volvió a interrumpir su monólogo y esta vez quedó absorto, mirando sin ver a través de la ventana. Con una sonrisa en la que brillaba la nostalgia recordó que su viaje al Río de la Plata había empezado con música y terminado con chirrido de cadenas. Se dejó llevar por la añoranza; habló del calor y de la falta de agua durante la navegación por el trópico. Recordó que antes de poner proa para emprender el cruce del océano el miedo a la sed los movió a acercarse a la costa de África.

—En completa oscuridad —entrecerró los ojos mientras contaba— una hora antes que amaneciese, estuvieron los navíos muy cerca de chocar contra unas grandes peñas. Nadie entre nosotros lo vio ni lo sintió. Entonces empezó a cantar el grillo que un soldado enfermo había embarcado para su consuelo. Hacía dos meses y medio que navegábamos y no había cantado ninguna vez pero aquella madrugada sintió la presencia de la tierra y empezó a cantar. A su música despertamos y entonces vimos las peñas que estaban a un tiro de ballesta de la nave. Es cierto, si el grillo no hubiera cantado nos hubiéramos ahogado cuatrocientos hombres y treinta caballos.

A María le pareció que las palabras quedaron flotando en la reducida habitación. También ella permaneció con los ojos entrecerrados. Volvió a soñar del modo que lo había hecho con los Naufragios y encontró en la voz a su capitán. Pero al alzar la vista recordó lo que había golpeado su corazón en el momento mismo en que Cabeza de Vaca le había sido presentado. Sus ojos le agredieron confirmando que el espíritu del naufrago estaba en el cuerpo de un hombre que empezaba a ser viejo.

—Señor, no has dejado de ser el náufrago —suspiró.

Cabeza de Vaca sonrió, negó con la cabeza e iba a contestar cuando golpes en la puerta anunciaron la llegada de la criada que venía en busca de María.

“El tiempo justo: ¡qué bien calcula Juanito!”, sonrió para sí Cabeza de Vaca.

—Así es —murmuró María con voz suave pero audible. La expresión del prisionero volvió a ser de intensa curiosidad y luego, como quien ha comprendido invitó—: confío en que el interés de tu padre y tu propio deseo me permitan volver a disfrutar de tu visita.

—Así será —respondió María con aplomo y sin protocolo alguno se dirigió a la puerta. Le hubiera gustado entretenerse en un paseo que le permitiera pensar, pero sabía que su padre debía estar esperándola con ansiedad. Con una mirada ordenó silencio a la criada y utilizó los minutos que le separaban de su casa para decidir qué y cuánto diría de su entrevista.

Apenas hubo entrado, don Juan le preguntó:

—¿Has gustado a ese desgraciado?

—Me parece conveniente, padre, que os cuente como transcurrió la conversación.

—No me hagas perder tiempo.

Con una sonrisa burlona agregó:

—¿Te ha contado dónde se esconde el oro; te ha dado el mapa preciso? ¡Si no es así, basta con que me contestes si le has gustado!

Como avergonzada por haber hablado más de lo debido María contestó con humildad:

—Creo, padre, que lo suficiente.

—Puedes entonces retirarte y prepárate, porque será necesario reiterar las visitas —indicó don Juan en tono que no admitía réplica.

En actitud de perfecta humildad María se inclinó ligeramente y se marchó en silencio. La cólera relampagueaba en sus ojos mientras se esforzaba por impedir que los insultos que bullían en su mente salieran de sus labios. “Al final”,

murmuró para tranquilizarse, “has conseguido lo que querías”.

Entretanto Cabeza de Vaca daba vueltas por la habitación, sintiéndose como dentro de una jaula. “Veamos, veamos”, se repetía mientras buscaba recobrar la calma que necesitaba para analizar todos los detalles del nuevo escenario.

“Es evidente que los gusanos que no distinguen entre el bueno y el miserable, pronto se alimentarán con Juan de Sanabria. Es obvio además”, continuó reflexionando, “que Juanito es tan cobarde que va a ignorarlo mientras pueda. Cree que puede ir al Río de la Plata y encontrar El Dorado como si viajara por el Guadalquivir” sonrió Cabeza de Vaca con desprecio. “Cree que yo tengo la llave de tesoros sin fin y cuanto más lo crea más hará por conseguir mi libertad. Mientras piense que cuanto busco es una parte del botín estará dispuesto a conceder. Ha de estar difundiendo ya en la Corte que estoy acabado y que aceptaré ponerme a sus órdenes. Debe estar diciendo a sus amigos que en cualquier caso, si yo insistiera en embarcar no hay que temer porque la mar está llena de accidentes. Ahora bien: ¿por qué ha enviado a su hija? ¿estará dispuesto a obligarla a casarse conmigo para darme garantías; para asegurar que no me traicionará cuando revele mis cartas?”.

Por un instante se detuvo a considerarlo y al desagrado que le causaba Juan de Sanabria se sobrepuso la imagen de su hija. “Demasiados huesos”, paladeó como haría un cataador de buen vino, “aunque por todo lo demás, capaz de hacer temblar a cualquier hombre. ¿Y si le siguiera el juego en eso?” se mordió el labio inferior como quien está ante un plato delicioso para responderse de inmediato con una mueca: “esto del encierro me está volviendo despreciable y además, necio”, se reprochó.

“No sé, no sé”, repitió Cabeza de Vaca que paró de dar vueltas por la habitación y se detuvo junto a la ventana contemplando la noche. “Nada cierto podré establecer ahora y habrá que esperar”, concluyó con desagrado, mientras se decía en voz alta:

—El viejo que no adivina, no vale una sardina. Y aunque —murmuró— es transparente lo que busca Juanito: ¿Qué quiere ella? —sonrió con más interés que preocupación.

Por distintas razones, padre, hija y derrocado gobernador vieron pasar con lentitud los días que mediaban hasta la siguiente visita. Finalmente se dieron y escucharon los esperados golpes en la puerta de la casa que servía de prisión a Cabeza de Vaca. María, en compañía de la misma criada entró y saludó cumpliendo con los deberes de la cortesía pero sin alegría. Con la entonación en que se transmite un mensaje de rutina anunció:

—Mi padre me envía porque urgentes asuntos le han retenido. Solicita que lo excuses porque todavía ha de tardar unos minutos.

Cabeza de Vaca la recibió con una sonrisa no exenta de calidez. Con galante ironía replicó:

—Mucho ha de sentir tu padre el retraso para compensarlo enviando un mensajero que el más grande de los príncipes desearía recibir.

—Te burlas de mí.

—Aunque quisiera no podría porque para burlarse hace falta alguien burlado y dudo que haya mortal que sea capaz frente a ti —rió el prisionero—. Pero pasa, acepta mi pobre hospitalidad y en verdad mis disculpas. No puedo sino tratarte con familiaridad, con una familiaridad que hasta hoy raras veces he prodigado a una mujer.

—Explícate —reclamó María con la modulación de quien está confundido, pero sin que su semblante reflejara la mínima contrariedad.

—Verás —contestó Cabeza de Vaca—, pocos son los hombres que han soñado más lejos de lo que les ha sido impuesto. Sujetas a servidumbre de padres y maridos, muchas menos son las mujeres que han buscado descubrir lo que no se sabe. Que si se supiera —agregó sonriente—, no estaría por descubrir.

—No te has explicado —volvió a reclamar María— o no he entendido lo que has dicho —agregó.

—Creo que me he explicado y que has entendido pero te confunden esas palabras en boca de un hombre.

—¿Entonces, qué te hace decir que el yugo que sufren las mujeres no es natural?

—No he dicho tal, porque servidumbre he visto en todas partes aunque en unos sitios más que en otros. En España el yugo que llevan las mujeres es pesado y también es de ese modo entre los antropófagos del Río de la Plata, pero entre otros indios gozan de más libertad.

—¿Y tú que dices?

—Digo que el ansia de descubrir es una llama más o menos viva. Por lo que sea, que yo no soy filósofo, se ve muy rara vez entre los hombres y casi nunca entre las mujeres. Cuando encuentras a alguien que tiene sed de conocer hablas el mismo lenguaje aunque sea para buscar cosas diferentes.

—Dices que tú y yo tenemos un mismo idioma, incomprendible para la mayoría.

—Incomprendible por ejemplo, para tu padre.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó María sintiendo que en la voz del prisionero resplandecía el capitán de los Naufragios.

—¿Qué quieres tú; qué quieres de mí, María de Sanabria? —replicó Cabeza de Vaca.

—Si yo supiera —suspiró María—. Leí con pasión tus Naufragios como también leí maravillada las Cartas de Relación de mi tío Hernán Cortés. Pero me fue dado conocer a mi tío y resultó un anciano sin conciencia de su decrepitud. Aprovechó cuanta ocasión tuvo para propuestas ajenas a

toda decencia, para comentarios de asqueroso gusto, para mirarme como los hambrientos miran el ganado ajeno. Cuanto más grandes los hombres que me ha sido dado visitar, más han parecido pavos reales desplegando su plumaje para deslumbrarme. Temía, aunque guardaba secreta esperanza en contrario —murmuró María— que fueras uno de ellos. Te he conocido y no te has jactado de tus hazañas. Me has conocido y has descubierto que hablamos igual idioma. Sabes que eres viejo y no pareces dispuesto al juego del miserable de mi padre, que está dispuesto a entregarte mi mano a cambio de tus secretos.

—Secretos... lo que yo he podido averiguar de los secretos —rió francamente Álvar.

Golpes en la puerta sonaron como acompañando su risa y anunciando la llegada de don Juan de Sanabria. La fugaz mirada que intercambiaron Álvar y María reveló con seguridad que habían establecido un pacto, aunque ni uno ni otro podían todavía determinar su naturaleza.

María se preguntó: “¿seguirá mostrándome el mundo ahora que sabe que no me casaría con él?”.

Cabeza de Vaca dudó: “¿querrá seguir viniendo ahora que he insinuado que los secretos no están tan al alcance de mi mano?”.

—Espero, Señor mío, que no os hayáis disgustado por mi atraso —se disculpó Juan de Sanabria y sin más ceremonia se sentó. Agregó—: también espero que a pesar de ser insustancial os haya alegrado la vista el mensajero que os envié.

Sin otro preámbulo se dio a un largo monólogo en que refirió el buen camino que estaban tomando en la Corte sus aspiraciones.

—Si todo continúa en la senda que parece, Señor mío, seremos socios en la riqueza fabulosa del Río de la Plata —concluyó.

Agitado por la ambición se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación.

—Socios, socios y Vuestra Merced ganando acaso más que yo, porque le será dado recuperar la fortuna que ha invertido y el honor del que han querido desposeerlo. Socios, para disfrutar lo mejor que tiene la vida —repitió Sanabria al tiempo que guiñaba un ojo a Cabeza de Vaca y con un levísimo movimiento de cabeza apuntaba en dirección a María.

“Miserable Juanito”, pensó Cabeza de Vaca manteniendo los ojos fijos en Sanabria, como si le escuchara con reconcentrada atención.

“Infame”, pensó María: “¡Dios quiera que no sea tu hija!”, deseó sin que se moviera un solo músculo de su rostro.

—Si es de vuestro agrado —ofreció Sanabria —continuaré enviando a María para que os comunique las novedades cuando mis negocios me impidan venir. En poco tiempo —aseguró con entusiasmo —habrá muchas cosas resueltas.

“En poco tiempo se habrá resuelto tu caso en favor de los gusanos, viejo despreciable”, pensó el prisionero. Pero con entonación grave afirmó:

—Don Juan; efectivamente creo que podremos entendernos en las grandes cosas que nos están reservadas. Si vuestra dulce hija no se opone, su visita aliviará grandemente los rigores de la prisión que se me ha impuesto —agregó.

Juan de Sanabria reprimió sus ganas de lamerse el bigote por la satisfacción que le proporcionaba la aprobación de Cabeza de Vaca.

—Habrá, ilustre amigo, que ir pensando los términos de una gran capitulación —sonrió y agregó como dolido—: claro que Vuestra Merced y yo sabemos cuán inconveniente puede ser que vuestro nombre figure en ella. Hay que sopesar cuanto podría alarmar a nuestros enemigos esa circunstancia. Circunstancia poco importante si hemos de ser socios y más que socios —sonrió mirando a su hija.

Dos largas semanas pasaron para Cabeza de Vaca hasta la siguiente visita de María. La criada que la acompañaba se sentó cerca de la puerta y lejos de la sala principal. La joven pasó, saludó y se encerró en un silencio hostil.

Cabeza de Vaca habló de la lluvia, del principio del otoño y del fresco que ya empezaba a sentirse al caer la tarde. Cuando entendió que era ese un camino cerrado para retomar el dialogo bromeó:

—El navío y la mujer, malos son de conocer.

Aguardó unos instantes y cuando estuvo seguro que no habría respuesta dijo como quien piensa en voz alta:

—Yo no te he exigido que vengas y aunque mi torpeza fuera tan grande como para intentarlo no creo que haya nacido quien sea capaz de hacerte obedecer. Tu padre tiene la insensatez de presionarte en todo, pero no creo que consiga nada —sonrió.

María alzó la mirada llena de tristeza y persistió en su mutismo.

—Veamos —continuó Álvar pensando en voz alta— de qué modo puede haberte obligado a venir. No me parece que con amenazas, aunque... aunque si no fueras tú la víctima...

María levantó la cabeza y lo miró fijamente. Apretó los dientes mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. Su semblante era la expresión misma de la tristeza pero en sus ojos brillaba la ira.

—Vaya, vaya —sonrió Álvar—. Si quieres, me lo contarás. ¿Tu madre, tu hermana, los criados? ¿Quién pagará si no obedeces?

María mantuvo la cara entre las manos y permaneció en silencio largos minutos. Al cabo preguntó:

—¿De que serviría que te contara? ¿Por qué habría de confiar en tí?

—Hija —contestó el prisionero con un destello de ironía—: debes preguntar una sola cosa por vez, que responder es difícil tarea para quien fue náufrago y gobernador.

Hizo una pausa como midiendo sus palabras y agregó con dulzura:

—No soy yo el que debe decir si debes o no confiar en mí. Tampoco puedo yo saber si servirá de algo que me cuentes pero posiblemente no empeore las cosas. Total —bromeó—, a un clavo ardiendo se agarra el que se está hundiendo.

—¿Por qué querrías ayudarme? —insistió María.

—No he dicho que quiera. Tal vez me convenga. O simplemente puede que lo mío sea la curiosidad de un preso que busca entretenimiento.

—Sabes que estás evitando contestar: ¿por qué querrías ayudarme? —volvió a preguntar dispuesta a impedir que su interlocutor eludiera la respuesta.

—La víctima debe ser doña Mencía —arriesgó Cabeza de Vaca.

—¿Qué sabes tú de mi madre! —replicó María con furia.

—Dicen que es una mujer hermosa y tú dijiste que ella te enseñó a leer sin pedir permiso. Bella y desobediente: ¿no es eso suficiente motivo para que don Juan la quiera como para seguir el ejemplo de su primo Cortés? ¿Acaso el estrangulamiento no es una manera cómoda de enviudar? —ironizó Cabeza de Vaca.

—¡Miserable! —murmuró María sin que fuera claro si se estaba refiriendo a Hernán Cortés, a Juan de Sanabria, a Cabeza de Vaca, o a los tres.

—Mucho sé de estrangulamientos, que mucho me ha costado evitarlos —sonrió, y su rostro se ensombreció como el de quien recuerda lo que ha dejado en tierras remotas.

—¿Qué quieres de mí! —preguntó María con un murmullo en que brillaba la urgencia.

—Imagina que quisiera un aliado.

—Sabes que el aliado ya lo tienes porque aunque seas tan despreciable como Juan de Sanabria, ni eres mi padre ni puedes moler a palos a mi madre, ni amenazarme con que

se librará de ella usando igual procedimiento que su primo —replicó María con desprecio.

“Vaya, vaya con don Juan”, murmuró Cabeza de Vaca. “¿Es seguro que Cortés estranguló a su mujer?”, preguntó y al ver la mirada de fastidio de María se contestó, “qué más da; si no lo hizo bien pudo hacerlo”.

Luego se levantó, empezó a dar vueltas por la habitación, se detuvo frente a la ventana y absorto, dejó que su mirada se perdiera tras el vuelo de los pájaros.

—Tu padre está enfermo: ¿lo sabes? —reanudó Cabeza de Vaca el diálogo.

—No quieras causarme lástima.

—Nada más lejos de mi ánimo pero: ¿lo sabías?

María bajó los ojos confundida y preguntó:

—¿Por qué lo dices?

—¿Lo sabes o no lo sabes?

—No —contestó María, como quien ha sido sorprendido en una falta.

—Vivirá tal vez para que le nombren gobernador; puede que llegue a embarcar y aunque consiguiera atravesar el océano nunca podría con los cinco meses de marcha por la selva llena de antropófagos al acecho. Tu padre no descubrirá los secretos del Río de la Plata porque no llegará.

—Dios te oiga —murmuró María y se sumió en un profundo silencio.

“Vaya, vaya; cuánto ha de aborrecerlo”, se dijo Cabeza de Vaca que se sumió en su propio mutismo, mientras buscaba entre sus odios antiguos y recientes alguno de semejante intensidad. Tras escudriñar infructuosamente en su interior, aseveró:

—Te ayudaré.

María salió de su ensimismamiento, agradeció con una sonrisa en la que brillaba la tristeza y quedó como aguardando los términos del auxilio prometido. En eso las campanas de las setenta iglesias de Sevilla anunciaron que se había cumplido el plazo al que María debía ceñir su visita.

—Te ayudaré —repitió Álgvar a modo de despedida—. Si te hace falta di que dije alguna cosa sobre el mapa de la ciudad de César y el camino al territorio del Rey Blanco.

—¿De Julio César?

—No —rió Cabeza de Vaca—. Cesar fue un capitán que llegó al Río de la Plata en 1536, con la armada de Mendoza. Salió a descubrir y se alejó muchas semanas durante las que perdió todos sus hombres. Regresó tan enfermo como cargado de metales preciosos. Murió sin recuperar el habla para indicar de dónde los había sacado.

Luego de un instante de vacilación tomó un manojito de papeles manuscritos y de espaldas a la entrada de la sala señaló:

—Ni siquiera conviene que tu criada lo vea; estos Comentarios que te doy son los de mi gobierno en el Río de la Plata.

María se aproximó, los tomó, los ocultó entre los pliegues de su ropa y aprovechando la cercanía abrazó larga, cálidamente al prisionero. Cabeza de Vaca titubeó, sonrió llevado por el recuerdo y dijo: —dejé en Asunción del Paraguay una mujer que hizo lo indecible por evitar que añadieran arsénico a mi comida durante los meses en que estuve encadenado. Ni siquiera pude agradecerle porque hacerlo era condenarla ante los traidores.

María lo miró con dulzura a modo de despedida y abandonó la casa.

Cuando quedó solo Cabeza de Vaca se dijo: “Es la primera vez que hablo de ella”, y se abandonó a la nostalgia. Hacia la otra margen del Guadalquivir la puesta de sol se estiraba en los últimos tonos azul oscuro que precedían a la noche pero el depuesto gobernador vio como anochecía su último día de libertad a la vera del río Paraguay. Salió de su ensimismamiento y se dijo: “se parece a ella. Ah, si tuviera veinte años menos... Pero no”, se contestó a sí mismo, “ahora sé que habito un cuerpo que impide unas cosas y reclama otras. Si tuviera de nuevo la juventud”,

murmuró mientras entornaba los ojos y se dejaba llevar por la nostalgia, “ya me habría fugado”.

Entonces con la intensidad del rayo se preguntó: “¿y si coopero con ella para ir escondido en la expedición que pagará pero no aprovechará su padre?”.

Entretanto, María apresuró el paso rumbo a su casa. Se movía ligera, eufórica, llevada por la sensación de libertad que la noticia de la enfermedad de su padre le proporcionaba.

“¿Lo sabrá verdaderamente Cabeza de Vaca?”, se inquietó mientras procuraba sin éxito reprocharse su falta de compasión. Durante un instante sintió la punzada de los celos por la mujer que tal vez aguardaba en Paraguay el regreso del gobernador depuesto. Al momento sonrió y se dijo con cálida admiración por el náufrago: “¿si tuviera un cuarto de siglo menos!”.

Una vez en casa contestó con la acostumbrada sumisión al breve interrogatorio de don Juan de Sanabria, mientras procuraba descubrir los síntomas de la enfermedad. Cuando le fue permitido se retiró a fantasear con lo que el destino ponía en sus manos. Participó de la gloria del primer viaje y junto a Colón se preguntó si las Indias eran el Paraíso. Dominó los gigantes que habían atribulado a Vespuccio. Se puso al timón de la nao Victoria en las horas más difíciles de Magallanes y Elcano. Alzó su espada junto a Cortés y Pizarro para poner imperios al servicio de la cristiandad. Asumió la defensa de los indios preparando los discursos de fray Bartolomé de las Casas.

Entonces llegó hasta ella el rumor sordo de golpes y la voz apenas audible de quien luchaba por ahogar sus gritos. El sonido la expulsó de su sueño y la depositó con brutalidad en su habitación. Alzó y apretó el puño con la rabia del que desea golpear. Lo bajó, lo puso a la altura de su cara y lo mordió para contenerse. Se dijo que debía guardar silencio

como tributo hacia su madre que otra noche más estaba dispuesta a perder la vida sin regalar una lágrima al verdugo.

“Ah, madre, pronto la parca vendrá a librarte del que en mala hora te dieron por marido”, se dijo tratando de calmarse y encontrar consuelo. Quiso volver a viajar con los grandes marinos pero no consiguió soltar amarras. Recordó que se veía junto a fray Bartolomé de las Casas y murmuró: “¿acaso soy mejor que mi madre? ¿Por qué he de aguardar un destino mejor? ¿El convento y la santidad son el único refugio al que puedo huir para escapar a este infierno?”.

Cuando los golpes cesaron María lloró de rabia por la suerte de su madre y luego derramó lágrimas de amargura por la propia. Se tumbó en la cama y al hacerlo la incomodidad le recordó que había escondido bajo las mantas los Comentarios que le había dado Cabeza de Vaca. Tomó el manuscrito de su gobierno del Plata, aunque no tuviera sino ganas de abandonarse a su pesar. No obstante atinó a hojearlos y sin transición la lectura la transportó a la mar, a la costa del Brasil, a la selva del Paraguay. Amó a Cabeza de Vaca por su valor, por su sentido de la justicia, por su sed de descubrimiento. Le fascinó que en su relato encontrara espacio para contar las maravillas del camino y lugar para dialogar con los indios. Se sintió amiga de quienes le habían sido leales y en especial de la mujer que había impedido que le envenenaran.

La lectura le había permitido aguardar el largo tiempo entre la golpiza que había recibido su madre y el silencio de una casa en que todos dormían. Su corazón latía aprisa cuando principió a recorrer los largos pasillos, descalza y en punta de pie. En el camino juró en silencio: “¡seré yo quien lleve la expedición; quien descubra los misterios de las selvas del Paraguay; quien pacifique a los antropófagos y quien pacte con las amazonas!”.

Abrió la puerta sin el mínimo ruido, se inclinó a abrazar a su maltratada madre y lloró junto a ella. Cuando se retiró volvió a dar rienda suelta a su imaginación. Evocó las

historias de santas y heroínas pero no encontró en ellas su propia imagen.

“Las unas”, se decía, “porque para gloria de Dios han dejado de ser mujeres; las otras porque buscando la propia fama, han abominado de su condición y se han disfrazado de hombres. ¡No quiero ser hombre!”, se repitió hasta que la venció el cansancio y se durmió atribulada por la insalvable contradicción entre sus sueños de mujer y de grandeza.

Los días que siguieron le atormentó la duda propia de quien ha decidido arriesgar todo en una empresa audaz, para cuya ejecución precisa cooperación y debe decidir en quien confiar. De cuantas personas consideró, solo su madre le parecía completamente de fiar y sabía que eso no bastaba. No podía revelarles sus propósitos antes que estuvieran encaminados porque Mencía, llevada por su afán de protegerlas se pondría en contra. Tras analizar la propia situación, no encontró otra solución que confiar en Cabeza de Vaca.

“No ignoro”, murmuraba, “que es demasiado pronto para depositar plena fe en ese hombre pero: ¿qué alternativa tengo? Además”, agregaba para tratar de justificar su decisión, “yo puedo ayudarle a evitar que el triunfo de mi padre se transforme en su ruina. Y en todo caso: ¿qué gran empresa puede llevarse adelante sin quemar algunas naves? Pero: ¿qué puedo ofrecerle a cambio de su ayuda?”.

María se desesperaba porque no encontraba respuesta al principal punto débil de su plan y entretanto se acercaba el día de la próxima visita al prisionero. Había decidido confiar en Cabeza de Vaca pero se preguntaba constantemente: “¿qué podré ofrecerle a cambio? ¿De qué modo puedo garantizarle que cumpliré con lo que le prometa?”, sin encontrar ninguna solución.

En ocasiones maldijo haber adelantado que no se casaría con él, para después sentirse tan ruin como su padre. Urdió infinidad de propuestas y todas se desmoronaron porque no había forma de asegurar la propia lealtad. Sin haber conseguido encontrar una solución, se presentó como estaba

convenido, a las cinco en punto del último sábado de octubre, en la casa en que estaba recluido Cabeza de Vaca.

—Vaya, vaya, otra vez don Juan —murmuró a modo de bienvenida y comentario sobre el desaliento impreso en el rostro de la joven.

—Temo que esta vez no. Asuntos en la Corte han reclamado la presencia de mi padre.

—¿Entonces?

María le miró largamente a los ojos. Por un momento pensó fingirse apasionada pero al instante lo descartó con un gesto de ira y casi al tiempo la vergüenza coloreó su rostro. Luego bajó la cabeza como si su único interés fuera mirar la losa sobre la que apoyaba sus pies y se refugió en el silencio.

Cabeza de Vaca volvió a sonreír y se acercó a la joven. Con delicadeza impropia de manos tan trabajadas por las penalidades le rozó la mejilla. Con el dorso de sus dedos presionó ligeramente desde el mentón reclamando que alzara la cara. María obedeció y permanecieron muy cerca mirándose el uno al otro.

—Vaya, vaya, cuánta tristeza hay en esos ojos —sentenció sin dejar de sonreír—. ¿Por qué no me cuentas; qué puedes perder?

—Bien —suspiró María—. Tal vez en lo que diga lo pierda todo, pero en realidad todo es nada sin tu ayuda.

—Vaya, vaya —murmuró una vez más Cabeza de Vaca mientras la alentaba con una ancha sonrisa.

—Tú dices que mi padre morirá antes de llegar al Río de la Plata y a Dios pido que así sea. Dice mi padre que nunca te dejarán volver allí porque todos temen tu poder.

—¿Y entonces?

—Dirás que estoy loca.

—¿Y?

—Yo quiero ir.

—¿En qué expedición?

—En la mía.

—¡Estás loca! —rió Cabeza de Vaca aunque sus sonoras carcajadas no contenían burla.

—¡En la mía! —insistió María que agregó—: por la memoria de la mujer que impidió que te envenenaran y tuviste que dejar en Asunción. Por los que padecieron y padecen por serle leales.

—Veo que has leído con atención mis comentarios del gobierno del Río de la Plata —rió con la expresión de quien ha recibido un gran halago.

—¿Me ayudarás? —interrumpió María con intensidad.

Una sombra se posó sobre el rostro de Cabeza de Vaca mientras la risa lo abandonaba y las arrugas apenas insinuadas de su frente se tornaban surcos. Al cabo aseguró:

—Son muchos los que han reclamado mi ayuda para sucederme desde que estoy en prisión. Eres entre todos la primera que en lugar de oro para mí, ofrece esperanza para los míos. María de Sanabria —preguntó Cabeza de Vaca con voz grave—: ¿qué quieres?

—¿Qué quiere un hombre cuando no lo empuja la miseria e igual se lanza a empresas llenas de peligro?

—Muchas cosas. Fama en el presente y que la memoria de sus hazañas atraviese invicta los tiempos. Riqueza y poder. Servir al Emperador y al Rey de reyes. La emoción del peligro y la emoción del descubrir. Más unas que otras, pero yo he querido y quiero todas esas cosas. Y más, cuanto más lejos de mi alcance.

—¿Puedes imaginar cuán lejos del alcance están esas cosas si eres mujer?

—Hay mujeres que se han disfrazado de hombre y se han alistado en notables causas.

—Me dices que la única solución para una mujer es dejar de ser mujer.

—También las hay santas.

—También las santas dejan de ser mujer; tu respuesta sigue siendo la misma.

—¿Qué pretendes?

—¿Es acaso la mujer que te guardó diez meses del veneno y del puñal asesino menos leal, valiente o esforzada que el mejor de tus hombres?

—No, pero: ¿adónde quieres llegar?

—¡No quiero ser hombre; no quiero renunciar a ser mujer! —exclamó María con una vehemencia que sorprendió a Cabeza de Vaca. ¡De ti dependo; si me ayudas llevaré esa expedición al Río de la Plata!

—¿Qué me darás a cambio?

—Todo lo que pidas.

—¿Todo?

—Todo, aunque me pidieras lo que no deseo darte.

Cabeza de Vaca la miró con simpatía y entusiasmo. Aseguró sonriendo:

—Celebro tu coraje. Y tu espíritu de sacrificio —agregó irónico. Volvió a sonreír y afirmó: —No será fácil, pero pensar en las dificultades de la mar y la selva me rejuvenece. Pero no te alarmes, que no tanto como para pedirte lo que no deseas darme —bromeó.

María lo miró con furia y fue a contestarle con un insulto pero se detuvo y rompió a reír:

—Me ayudarás —repetía mientras reía y en su rostro brillaba la ilusión.

—Habrá que revisar una y otra vez los detalles, que tu padre es vil pero no lerdo —observó Cabeza de Vaca.

Con la referencia a Juan de Sanabria, María volvió a la realidad y afirmó:

—Todavía no me has dicho qué quieres a cambio; tampoco me has dicho qué ha de hacerse.

—Olvida lo primero por ahora, ya que estás dispuesta a concederme todo y no puedes garantizarme nada —bromeó Cabeza de Vaca. Luego de una pausa agregó—: María de Sanabria; bien sabes que he visto y vivido muchas cosas extraordinarias. Ven —pidió.

La joven obedeció de modo que se situaron frente a la ventana y en una posición desde la que no podían ser vistos por los criados.

Cabeza de Vaca se inclinó, tomó una botella de vino, sirvió dos copas, se quedó con una, alcanzó la otra a la joven y explicó:

—Doblemente afortunado me siento; he vibrado al son de las más grandes aventuras y desventuras. Y ahora, cuando ya no esperaba nada que pudiera sorprenderme, apareces tú.

El prisionero alzó su copa y la joven le acompañó en el gesto. María le miró a los ojos y por un instante pensó que lo daría todo por tener un padre así. Cabeza de Vaca la contempló y se dijo:

—Si hubiera sospechado que era posible encontrar una mujer con quien compartirlo todo, tal vez no hubiera vuelto a embarcarme.

Sonrió, como considerando con escepticismo lo que había pensado y con ademán de quien ha vuelto a la realidad alzó su copa y brindó:

—Por tí, María de Sanabria, y por el éxito de la expedición, que hoy son la misma cosa.

María fue a agregar alguna palabra que incluyera a Cabeza de Vaca en el brindis, pero el prisionero colocó un dedo sobre su sonrisa como asegurando que con lo dicho bastaba. De inmediato, como quien se ha puesto a trabajar aseguró:

—Mientras nadie sospeche los términos de nuestro acuerdo, no será difícil llevarlo a la práctica. Don Juan de Sanabria debe creer que he cambiado de actitud por la insinuada promesa de matrimonio. Así le parecerá normal que mis amigos dejen de trabar su capitulación con el Emperador. Yo no puedo conseguir nada para mí mismo — reflexionó Cabeza de Vaca— pero continúo siendo capaz de obstaculizar el camino de otro. Por una parte porque en la Corte saben que me asiste el derecho. Y por otra parte porque el camino al Río de la Plata es empresa hartó difícil sin la cooperación de los capitanes que no están dispuestos a trai-

cionarme. Sin mi oposición, tu padre lo conseguirá. Después —agregó Cabeza de Vaca con un destello de ferocidad— habrá que retrasar un poco la partida, esperando que muera y le suceda su hijo Diego, cuya irresolución nos asegura que no estará realmente al mando.

—Tienes —continuó Cabeza de Vaca trazando en voz alta su plan— que encontrar una manera de hacer saber a tu padre que yo exijo que la vara de alguacil mayor recaiga en quien se case contigo. Y que es necesario que ello se estipule en la capitulación y en su testamento. Se enfurecerá pero terminará cediendo —pronosticó.

Agregó sonriendo:

—Confío plenamente en tu habilidad. Siempre que no olvides asegurarle que estás dispuesta a traicionarme y que serás siempre obediente a lo que él decida.

Satisfecho con el plan cuyas grandes líneas había expuesto, Cabeza de Vaca se detuvo a sopesar las principales dificultades. Tras una pausa, aseveró:

—Deberás obedecer en todo a tu padre, que seguramente encontrará conveniente que me visites con menos frecuencia.

Y agregó llevándose con ironía una mano al corazón:

—Así le será más fácil seguir sugiriendo que te obligará a casarte conmigo.

Luego, con un tono inesperadamente solemne vaticinó:

—Muchas veces no podrás pedir mi consejo; triunfarás o fracasarás por lo cerca que te sitúes del punto mágico entre la prudencia y la resolución. A propósito —cambió de tema recobrando cierta ironía en el gesto—: ¿estarías dispuesta a cooperar con la enfermedad de tu padre si por sí sola demorara en hacer su obra?

Por último, a modo de despedida agregó:

—Perdona que cambie a un asunto tan diferente. Belleza, inteligencia y temple no te bastarán, porque la juventud jugará en tu contra: ¿en quién de tu gente puedes confiar?